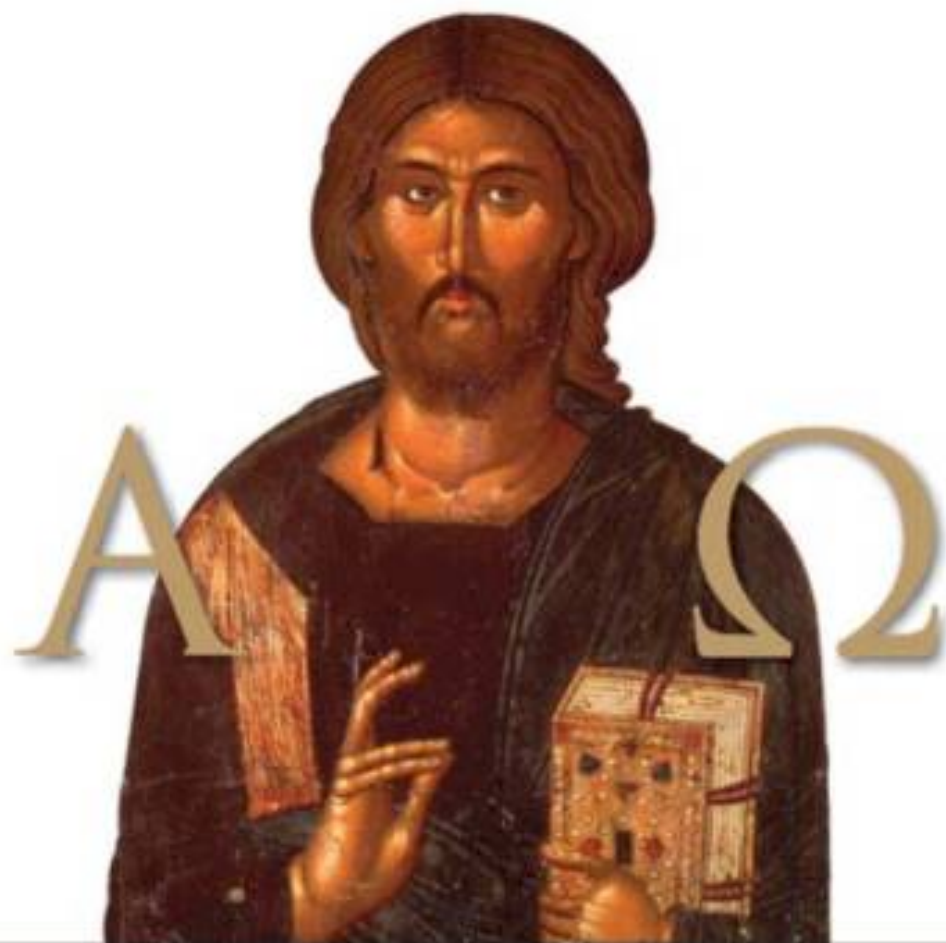


G.K. CHESTERTON

EL
HOMBRE
ETERNO



Entre las obras de pensamiento de Chesterton, *El hombre eterno* destaca especialmente. En buena medida, puede considerársela el fundamento de la corriente apologética inglesa que dará luego tan espléndidos frutos en autores como C. S. Lewis. El talante intelectual del autor hace que este escrito sea una lectura llena de ingenio y una de las obras capitales de la literatura inglesa contemporánea.

Chesterton escribió esta obra en cierto modo respondiendo al materialismo de la *Breve Historia del Mundo* publicada en 1921 por Herbert George Wells. Si bien las fantasías bélico-cientificistas de este autor siguen siendo conocidas, no lo es aquél ensayo sobre la historia, en el que imbuido de un evolucionismo decimonónico venía a negar que, a fin de cuentas, el hombre significara una novedad respecto al mundo animal, y que a su vez Cristo añadiera algo original respecto a lo dicho por otros tantos hombres. A Chesterton le basta el sentido común para mostrar que el paso del tiempo de por sí no lo explica todo, que existen revoluciones y que el hombre es algo peculiar dentro del mundo, como lo es la persona de Cristo y el cristianismo en la historia humana. Reflexiones sobre algo aparentemente obvio, pero que hoy como hace 80 años conviene repensar.

PRÓLOGO

En algún pasaje de su succulenta *Autobiografía*. Chesterton nos confiesa que su acercamiento a la Iglesia católica fue primeramente una expresión de curiosidad. La execración de la Iglesia se había convertido en el pasatiempo predilecto de los intelectuales de su época: tanta unanimidad en el vituperio acabó provocando en su temperamento inquisitivo un movimiento de rechazo. Una institución humana que concitaba tan ardorosos ataques y, sin embargo, lograba revestirlos debía, sin duda, estar animada por un fuego divino. Chesterton se preocupó de indagar la naturaleza de tales ataques, descubriendo en todos ellos un fondo de enconada falsedad: también descubrió —al principio con perplejidad, luego con rendido entusiasmo— que en la naturaleza íntima de la Iglesia latía un meollo de Verdad que en el transcurso de los siglos no había logrado agostar, un meollo de Belleza antigua y eternamente renovada que acabaría subyugándolo. Chesterton descubre que la única herejía que su época no admite es la ortodoxia: descubre que el catolicismo es la única religión que nos libera de la «degradante esclavitud de ser hijos de nuestro tiempo», esto es, de sus modas perecederas y de su tumulto de banalidades y tópicos enquistados.

Y esa curiosidad hacia lo que sus contemporáneos denigraban sumariamente, incapaces de taladrar la mugre de los prejuicios, acabaría convirtiéndose en un deslumbramiento. Los hombres de su tiempo coincidían en caracterizar la Iglesia como una suerte de cárcel del intelecto: Chesterton no tardaría en comprobar que, más bien al contrario,

era un ameno prado donde la libertad del hombre podía retozar a su gusto con alborozo casi infantil. Así, lo que había empezado siendo una suerte de desplante o insumisión ante el pensamiento dominante de su época acabaría convirtiéndose en una jubilosa expedición en pos de la Verdad. Y la crónica de esa expedición, narrada en un puñado de libros que concilian la intención apologética con el esplendor verbal y los primores del ingenio y la paradoja, conforma uno de los edificios más imperecederos de la literatura del siglo xx.

Este libro que ahora acometes, querido lector, quizá sea el pináculo que remata tan hermoso edificio: pero es, al mismo tiempo, el basamento en que se funda su robusta piedra angular. En Chesterton, la gracia de la expresión nunca se alcanza en detrimento de la hondura del pensamiento: ambas forman una aleación que hace de su escritura un festín de la inteligencia y una exultante experiencia estética. En Chesterton descubrimos, en fin, que belleza y Verdad constituyen una amalgama indisociable: y alcanzar esa íntima comunión, que es la exigencia máxima del artista, es también la exigencia máxima del católico. *El hombre eterno*, publicado originariamente en 1925, nace de la vocación polemista que incendió los días de Chesterton. Unos pocos años antes, Herbert George Wells había entregado a las imprentas un muy voluminoso ensayo titulado *Esquema de la Historia (The Outline of History)*, que, como casi todos los suyos, obtuvo un éxito instantáneo y multitudinario. En ese ensayo, Wells considera al hombre un resultado casi aleatorio de la evolución; al reparar en la figura de Jesús. Wells lo caracteriza como una criatura mortal, sin duda determinante para el destino posterior de la Humanidad, como en otras épocas lo serían Mahoma o Buda, fundadores de religiones que se habrían limitado a dar forma a un impulso humano que, para Wells, es quimérico y prescindible. Las tesis materialistas de Wells ya habían sido combatidas en la prensa por escritores católicos de la talla de Bellos:

pero sería Chesterton quien se encargaría de elaborar una refutación en toda regla, proponiendo su propio «bosquejo de la Historia» en un libro que, rehuyendo las erudiciones de enciclopedia o almanaque que lastraban el mamotreto de Wells, fundaba su argumentación sobre dos tesis subversivas para la época (en realidad, subversivas para cualquier época, de ahí la eterna novedad del cristianismo): la unicidad de la criatura llamada hombre y la unicidad del hombre llamado Jesús.

Como suele ocurrir en Chesterton, su capacidad persuasiva disuelve sofismas y especulaciones con una fuerza irradiadora fundada en el sentido común. En su narración de los acontecimientos que jalonan la existencia del hombre sobre la tierra. Wells había actuado como un novelista a quien desagrada el protagonismo de su relato y no llega a penetrar su naturaleza más íntima. El hombre, según Chesterton, no es el fruto de una evolución, sino de una revolución: y para mejor explicar este aserto, nos lleva de la mano al interior de las cavernas que habitaron nuestros antepasados. Lo que encontramos en dichas cavernas —unas pinturas rupestres realizadas no sólo por la mano del hombre, sino por la mano de un verdadero artista— rebate esas hipótesis evolucionistas que lo enmarañan y complican lodo para que no podamos comprender la verdad, la sencilla y escueta verdad. Aunque hubiésemos sido adoctrinados en las más ortodoxas teorías evolutivas, llegaríamos a la conclusión de que esas mismas pinturas nunca las habría podido concebir ni realizar un animal. Podríamos fatigar el entero atlas, pero jamás encontraríamos una línea trazada con intención artística por la garra de un animal. Resulta chocante que los hombres de las cavernas, tan alejados de nosotros en el tiempo, sean al mismo tiempo tan cercanos a nosotros; y que bestias tan cercanas a nosotros en el tiempo, como el chimpancé o el gorila, sean a su vez tan lejanas. El arte es la firma del hombre, el rasgo exclusivo de su personalidad.

El hombre —sostiene Chesterton— no puede ser considerado sino como una criatura absolutamente independiente y singular respecto a las demás criaturas. La señal más evidente de su misteriosa singularidad, la prueba de que no es el producto de un mero *continuo* evolutivo, es el impulso artístico.

El hombre es único y diferente del resto de animales porque es creador además de criatura. La inteligencia humana no existía; y de pronto comenzó a existir. Y ligado a la irrupción de la inteligencia humana, Chesterton sitúa el reconocimiento del misterio: el hombre que se sabe singular respecto a las demás criaturas se sabe también depositario de un don divino, se sabe elegido por Dios. Con el tiempo, llegará a perder el sentido de esa singularidad, llegará a extraviar su innato sentido religioso, hasta que en la historia humana irrumpe Dios mismo: las manos que habían modelado el mundo se convierten en las manos desvalidas de un niño que asoma a la vida. De nuevo, el milagro acontece en una cueva; pero esta vez quien nos invoca desde el interior de esa cueva ya no es un mero hombre, ni siquiera un hombre excepcional. Una lectura puramente «racional» de los Evangelios nos desvela que Cristo era alguien que odiaba el exhibicionismo; nada le repugnaba tanto como hacer alarde de sus dotes sobrehumanas. Cuando se ve en la tesitura de demostrar su capacidad para obrar milagros, siempre se muestra reticente, recordemos, por ejemplo, el pasaje de las bodas de Caná: cuando su madre le solicita una intervención, Jesús trata de escaquearse: «Aún no ha llegado mi hora», responde, antes de ceder a la insistencia materna. Más tarde, una vez iniciada su vida pública, comprobaremos que su aversión al exhibicionismo se mantiene incólume; son con frecuencia sus discípulos o seguidores quienes, después de muchos requerimientos, logran torcer su resistencia a curar enfermos, a devolver muertos a la vida o, en general, a obrar maravillas. Diríase que le molestaría aparecer ante los hombres como un mero «hacedor de

milagros». De hecho, el más portentoso de todos ellos, el de su propia Resurrección, decide culminarlo en secreto, y desvelárselo a unos pocos elegidos. Esta repugnancia al exhibicionismo revela, desde luego, al hombre de distinción intelectual. Sin embargo, ese mismo hombre que esconde o sólo utiliza a regañadientes sus facultades milagrosas no tiene rebozo en repetir una y otra vez, sin circunloquios ni eufemismos, que es el Hijo de Dios. Incluso cuando sabe que esta declaración puede costarle la vida vuelve a formularla sin que le tiemble la voz. ¿Cómo puede explicarse esta contradicción? Cuanto mayor es la grandeza de un hombre, mayor es también su repugnancia a los alardes ningún gran hombre se atrevería a proclamarse Hijo de Dios: sólo los hombres ínfimos y los energúmenos pueden incurrir en semejante raptó de vanidad. No podríamos imaginar a Sócrates afirmando que es Hijo de Dios. Por el contrario, no nos sorprendería que cualquier venado se atreviera a postularse como tal; los manicomios, de hecho, siempre han estado abarrotados de opositores a la divinidad. Sócrates, en medio de una vasta sabiduría, sólo sabía que no sabía nada: en cambio, un tarado como Calígula no tenía empacho en investirse de una naturaleza divina, y aun de hacerla extensiva a su caballo. Ni siquiera sus más furibundos detractores se atreverían a afirmar que el hombre que pronunció el Sermón de la montaña, el hombre que acuñó las más perdurables y hermosas parábolas fuera un demente al estilo de Calígula. Entonces, ¿cómo explicar el desparpajo con el que se proclama repetidamente Hijo de Dios? Sólo un loco se atrevería a tanto. Pero Jesús, que a la vez que se proclama Hijo de Dios no procura tantas muestras de un juicio y discreción supremos, no puede tratarse de un loco. ¿No será, pues, que es algo más, mucho más, que un mero hombre?

Las delicadezas del pensamiento chestertoniano alcanzan en *El hombre eterno* su expresión más acendrada. Mientras avanzamos en su lectura descubrimos que la histo-

ria de la humanidad es en realidad una epopeya de salvación en la que Dios y el hombre caminan juntos de la mano sobre un jardín recién estrenado, como en el primer día de la Creación. *El hombre eterno* es, desde luego, una obra maestra de la literatura, pero también algo mucho más vertiginoso: es la gracia divina hecha escritura, transmutada en frases gozosas, de una belleza y un ardor intelectuales tales que quienes las leen tienen la sensación de haber sido bautizados de nuevo. Esta es la honda impresión que su lectura dejó en C. S. Lewis, quien algún tiempo después reconocería en *Cautivado por la alegría* que este libro fue la levadura de su conversión: «Entonces leí *El hombre eterno* de Chesterton, y por primera vez me fue deparado contemplar un completo bosquejo cristiano de la historia, expuesto de tal modo que me resultaba pleno de sentido... Ya entonces pensaba que Chesterton era el hombre más razonable de su tiempo, "aparte de su cristianismo". Ahora que verdaderamente creo pienso que el cristianismo en sí es muy razonable». Ojalá, querido lector, después de paladear cada razonamiento, cada fulguración de la inteligencia que alberga ese libro irreplicable puedas hacer tuyas las palabras de Lewis, puedas sentirte partícipe de la hermosa epopeya eterna y siempre renovada que Chesterton aquí nos narra con palabras imperecederas.

JUAN MANUEL DE PRADA

Madrid, mayo de 2007.

NOTA PRELIMINAR

Antes de dar inicio a este libro me gustaría aclarar algunos aspectos para evitar malentendidos. Al tratar los temas, lo hago desde un punto de vista histórico más que teológico y no se ha de buscar ninguna relación con el cambio religioso que tan profundamente marcó mi existencia, sobre el que espero escribir un volumen de carácter más controvertido. Creo sinceramente que resulta imposible para cualquier católico escribir un libro sobre una determinada materia, en especial la que nos ocupa, sin manifestar su condición de católico. Pero no pretendo con esta obra establecer diferencias entre católicos y protestantes. Me dirijo, en buena parte, a toda la variedad de paganos existente más que a un sector concreto de cristianos. Intentaré demostrar que aquéllos que ponen a Cristo al mismo nivel que los mitos, y su religión al mismo nivel que otras religiones, no hacen otra cosa que repetir una fórmula anticuada, contradicha por un hecho sorprendente. No ha sido necesario para ello salirme del ámbito de la cultura general y acudir al saber científico, aunque en algunas cuestiones, por imposición de la moda, tendré que recurrir a él. Y, puesto que he mantenido frecuentes diferencias con H. G. Wells respecto a su manera de enfocar la historia, me parece justo felicitarle ahora por el coraje y derroche de imaginación desplegados a lo largo de su obra, tan abundante, variada y profundamente interesante. Y más aún por defender el razonable derecho del *amateur* a hacer lo que buenamente pueda con los hechos que le proporcionan los especialistas.

INTRODUCCIÓN

Hay dos formas de llegar a un lugar. La primera de ellas consiste en no salir nunca del mismo. La segunda, en dar la vuelta al mundo hasta volver al punto de partida. En cierta ocasión intenté plasmar dicho itinerario por escrito. Ahora, sin embargo, abandonaré aquel tema para abordar otra historia que nunca escribí. Un relato que, como todos los que nunca escribí, será sin duda el mejor que jamás haya escrito. Pero es tan probable que nunca lo escriba, que lo utilizaré aquí de modo simbólico, ya que constituye un símbolo de la misma verdad. El relato, tal como lo concebí, tendría lugar en un valle rodeado de amplias laderas, como las que sirven de fondo a los antiguos *Caballos Blancos* de Wessex^[1]. Cierta muchacho, cuya granja se encontraba en una de las vertientes, decidió viajar un día en busca de la figura o los restos de algún gigante. Y, cuando se hallaba a cierta distancia, volvió la mirada atrás y descubrió que su propia granja y jardín, que brillaban sobre la colina como los cuarteles y colores de un escudo, formaban parte de una especie de figura gigantesca: un lugar en el que había vivido siempre y que había pasado desapercibido a su mirada debido a su cercanía y a la enormidad de sus dimensiones. En esta imagen creo que queda fielmente reflejado el progreso de toda inteligencia verdaderamente independiente hoy en día, y en ella reside el núcleo de este libro.

En otras palabras, trataré de demostrar que la mejor perspectiva para un hombre que forma parte del cristianismo, es la de hallarse precisamente lucra de él. Y resulta curioso que los críticos más habituales del cristianismo no se

encuentren precisamente fuera de él. Su situación es francamente controvertida, en todos los sentidos de la palabra. Son dudosos en sus mismas dudas. Su crítica adopta un tono inquisitorial, con la carencia de oportunidad y falta de luces que caracterizan al impertinente, creando de esta forma tópicos generales y anticlericales que acaban convertidos en sal para todos los platos. Se quejarán de que los sacerdotes se vistan como tales, como si la gente fuera más libre si toda la policía vistiera de paisano. Se molestarán porque un sermón no se pueda interrumpir, calificando el púlpito de reducto de cobardes, pero no se atreverán a emplear el mismo calificativo para referirse al despacho de un redactor editorial. Tan injusto es emplear dicho calificativo para los periodistas como para los sacerdotes, pero en honor a la verdad sería más propio aplicarlo a los primeros. El clérigo se muestra en persona y se le podría abroncar fácilmente en cuanto saliera de la iglesia. El periodista, en cambio, oculta incluso su nombre de forma que nadie lo puede censurar. Los periodistas escriben cartas y artículos tediosos e insustanciales comentando por qué las iglesias se encuentran vacías. Pero ni siquiera se dignan comprobar si realmente lo están o cuáles se ajustan a sus críticas. Sus matizaciones son más insulsas y hueras que las del más insípido clérigo de una obra teatral en tres actos, por lo que cualquiera se sentiría inclinado a confortarles con las palabras que utiliza el clérigo de las *Bab Ballads*^[2]: «No tienes la cabeza tan vacía como la de Hopley Porter». De la misma manera podríamos decir al clérigo más humilde: «No tienes la cabeza tan hueca como la del ciudadano medio, el pensador "políticamente correcto" o la de cualquiera de tus críticos en los periódicos, pues ellos mismos no tienen ni la más remota idea de lo que buscan, y mucho menos de lo que tú puedes ofrecerles». En cualquier momento, se revolverán y acusarán a la Iglesia de no haber impedido la guerra, cosa que ni ellos mismos intentaron impedir, ni nadie en ningún momento se declaró capaz de impedir, a no ser

algunos integrantes de aquella misma escuela de escépticos cosmopolitas y progresistas que son los principales enemigos de la Iglesia. Este mundo anticlerical y agnóstico era el que andaba siempre profetizando el advenimiento de la paz universal. El mismo mundo que se avergonzó o debería haberse avergonzado y afligido ante el advenimiento de la guerra universal. En cuanto a la opinión general de que la Iglesia se vio desacreditada por la guerra, podrían decir también que el Arca de Noé se desacreditó por el Diluvio. Cuando el mundo se equivoca, prueba más bien que la Iglesia tiene razón.

La Iglesia se ve justificada, no por el hecho de que sus hijos no pequen, sino precisamente porque lo hacen. Pero la actitud de aquéllos frente a la tradición religiosa es de permanente animadversión. El muchacho que vive en las tierras de su padre o se aleja de ellas lo suficiente para verlas en conjunto ve las cosas con claridad. Pero estas personas se encuentran en un lugar intermedio, ocultas en un valle desde el que no aciertan a distinguir las cumbres que tienen por delante ni las que se encuentran a su espalda. Se encuentran atrapados en la penumbra de la controversia cristiana. No pueden ser cristianos y no pueden dejar de ser anticristianos. El único aire que respiran es un aire de rebeldía, de obstinación, de crítica mezquina. Viven todavía a la sombra de la fe y han perdido su luz.

La cercanía de nuestro hogar espiritual es la mejor condición para amarlo. Después de ésta, la posición más saludable es estar lo suficientemente lejos como para no odiarlo. En estas páginas pretendo demostrar que mientras que el mejor juez del cristianismo es un cristiano, el siguiente mejor juez sería algo más parecido a un seguidor de Confucio. El peor juez de todos es el hombre que hoy día está más dispuesto a juzgar: el cristiano escasamente formado, que gradualmente se convierte en agnóstico agresivo, para terminar en una animadversión de la que nunca entendió el principio; frustrado por una especie de heredado aburri-

miento hacia no se sabe qué, y causado ya de oír lo que nunca ha escuchado. No juzga el cristianismo serenamente, como lo luiría un seguidor de Confucio, no lo juzga como lo haría el confucionismo. No es capaz, con un esfuerzo de imaginación, de situar a la Iglesia Católica a miles de kilómetros en el lejano horizonte y juzgarla con tanta imparcialidad como se juzga una pagoda china. El gran san Francisco Javier, que estuvo a punto de lograr que la Iglesia emergiera en aquel lugar como una torre singular sobre las pagodas, vio parcialmente truncado su propósito ante la crítica de otros misioneros, que acusaron a sus seguidores de representar a los Doce Apóstoles con rasgos o vestiduras orientales. Pero más vale imaginarlos así y considerarlos como tales que contemplarlos como ídolos sin vida, simples objetos expuestos a la violenta crítica de los iconoclastas o blanco perfecto para entretenimiento de adolescentes ociosos^[3]. Lo mejor sería verlo todo bajo el prisma de un antiguo culto asiático: las mitras de los obispos como los tocados que ornán las cabezas de unos misteriosos bonzos; los báculos episcopales como los bastones en (orina de serpiente utilizados en algunas procesiones asiáticas; el libro de oraciones como el fantástico *molino de oraciones* oriental^[4] o la Cruz como un encorvado símbolo semejante a la Esvástica. Así, al menos no perderíamos los nervios —por no decir la cabeza, como parecen perderlos algunos críticos escépticos. Su anticlericalismo se ha convertido en una atmósfera de negación y hostilidad de la que no pueden escapar. Frente a esta actitud, sería mejor considerar todo como algo perteneciente a otro continente, o a otro planeta. Sería más filosófico mirar fríamente a los bonzos que permanecer eterna e insustancialmente quejándose de los obispos. Sería preferible caminar junto a una iglesia como si se tratara de una pagoda, que quedarse parado junto a la entrada, incapaz de entrar y ayudar, o salir y olvidar. A todos aquéllos en los que una simple reacción ha alcanzado

las dimensiones de una obsesión, recomendando encarecidamente el esfuerzo de imaginar a los Doce Apóstoles con rasgos orientales. En otras palabras, ruego a dichos críticos que intenten hacer tanta justicia a los santos cristianos como si se tratara de sabios paganos.

Pero con esto llegamos al punto final y de mayor importancia. A lo largo de estas líneas intentaré demostrar que, cuando hacemos el esfuerzo imaginativo de contemplar todo el conjunto desde fuera, nos encontramos con que realmente se parece a lo que tradicionalmente se ha mantenido sobre él desde dentro. Cuando el muchacho se aleja lo suficiente para ver el gigante, es precisamente cuando se da cuenta de que es un gigante. Cuando por fin vemos la Iglesia cristiana a lo lejos, bajo un cielo oriental despejado y luminoso, es precisamente cuando nos percatamos de que se trata realmente de la Iglesia de Cristo. En otras palabras, en el mismo instante en que adoptamos una actitud imparcial hacia Ella, entendemos por qué la gente es parcial. Pero esto es algo que requiere una argumentación más profunda y que trataré de exponer a continuación.

En cuanto tuve clara la idea de que había un elemento sólido en el carácter singular y único de la historia divina, me sorprendió encontrar en la historia humana que la precedió un elemento desconocido pero igualmente sólido. Y es que en la historia humana se entrevé también una raíz divina. Así como la Iglesia, considerada imparcialmente, parece descollar frente a la dimensión religiosa común a toda la humanidad, el hombre destaca sobre el resto de la naturaleza. La mayor parte de la historia moderna, por lo que he podido observar, es conducida hacia una especie de sofisma. Primero se trata de suavizar la repentina transición del animal al hombre y, a continuación, la que se da entre paganismo y cristianismo. Ahora bien, cuanto mayor es el realismo con el que abordamos estas transiciones, mayor distancia se percibe entre los pinitos en cuestión. Los críticos no son capaces de ver la separación pues no aciertan a

colocarse a suficiente distancia. No ven las cosas bajo una luz firme y, por ello, no son capaces de distinguir lo blanco de lo negro. Tienen una disposición agresiva y hostil que les lleva a defender que todo lo blanco es gris, y lo negro, no tan negro como lo pintan. No digo que no les falten razones para su actitud enconada, o que en cierto modo su actitud no sea comprensible. Lo que está claro es que su postura no es en absoluto científica. Un iconoclasta puede indignarse, con motivos fundados, pero no puede ser imparcial.

Es pura hipocresía pretender que el noventa por ciento de los mejores críticos, evolucionistas y profesores de religión comparada sean absolutamente imparciales. ¿Por qué habrían de serlo, en sentido estricto, cuando todo el mundo se encuentra dividido entre la superstición o la creencia en un ser superior? No pretendo ser imparcial al sostener que el acto final de fe determina la mente del hombre por el hecho de satisfacer su intelecto. Sin embargo, me atrevo a afirmar que soy bastante más imparcial que ellos, por cuanto puedo contar la historia con un derroche de imaginación igualmente equitativo para todas las partes, cosa que ellos no pueden hacer. Soy imparcial en el sentido de que me daría vergüenza decir acerca del Lama del Tíbet estupideces tales como las que ellos dicen acerca del Papa, o tener tan poca comprensión con Juliano el Apóstata como la que ellos tienen con la Iglesia de Cristo. No, ellos no son imparciales. Ni por casualidad son capaces de mantener en equilibrio la balanza de la historia. Y, sobre todo, nunca son imparciales al tratar de la evolución o de la transición mencionada. En todas sus críticas se insinúa la triste degradación del crepúsculo, porque creen que es el crepúsculo de los dioses. Pero, se trate o no del crepúsculo de los dioses, está claro que no se trata del amanecer de los hombres.

Hay dos conceptos que, al exponerse a la luz, se nos muestran como algo único y novedoso, y sólo bajo la falsa oscuridad de un imaginario periodo de transición pueden